

4. LA FORTALEZA DEL VADO

Hoy, vigésimo día del mes de Trako, año 6563, hemos celebrado el segundo Consejo desde que llegamos al continente oriental. Ha sido pequeño y rápido, pues los únicos capitanes presentes éramos Duncan, Vilent y yo, y como invitados especiales sólo asistieron el clérigo Turanda y la princesa Inoed.

- Es ahora evidente – comenzó Aldor – la presencia de fuerzas hostiles en estas costas. Hemos logrado repeler su primer ataque, pero ignoramos tanto el número como la ubicación de sus tropas. Estos orcos que nos atacaron podrían ser tanto una banda de nómadas dedicados al pillaje como una pequeña unidad de un poderoso ejército que se dirija ahora hacia aquí. En resumen, carecemos de cualquier información sobre nuestro enemigo. Y, basándome en su ataque coordinado y el relato de la desaparición del imperio Umi y la colonia de Mel Angöre que Caeneras nos narró, me inclino más por la segunda opción.
- Debemos reforzar nuestras defensas sin demora – urgió Vilent.
- Me temo que eso no será suficiente – replicó Duncan – si nos enfrentamos a un ejército de orcos. No quedamos más que ochocientos hombres, y muchos heridos.
- Esperemos que las partidas de exploración vuelvan pronto y con buenas noticias – deseó el príncipe, – pero sin duda Duncan está en lo cierto. Aún así es nuestro deber asegurar la defensa de Ymber tanto como podamos. Además, hay otro asunto que me preocupa.

Aldor hizo una pausa. A través de la lona de la tienda (la mayoría seguíamos durmiendo en tiendas, pues el príncipe había destinado los nuevos edificios de madera al descanso de los enfermos y a talleres y cocinas) nos llegaba el alegre gorjeo de algunos pájaros, un agradable sonido que parecía desmentir nuestra preocupante situación. El zumbido de los insectos había cesado, pues la mañana amaneció fría, con una ligera capa de escarcha que cubría todo el campamento.

- Si la Golondrina y el resto de naves no llegan a Arkus – continuó Aldor – nuestra flota partirá hacia Mel Angöre.

Reino de Aldor

- ¡Es cierto! – exclamé. – Si nadie les avisa nunca vendrán hasta aquí. Necesitamos enviar a alguien a esa bahía para esperarlos.
- No podemos prescindir de más hombres – protestó Duncan.
- Tranquilo – respondió el príncipe, – será un grupo muy pequeño. Su objetivo será pasar desapercibidos, y esperar allí al abrigo de las rocas hasta que las velas de nuestra flota aparezcan en el horizonte.
- Permitid que vaya yo – solicité.
- Angrey, tú eres mi escudero, y acabas de reponerte de una herida grave. Debería ir alguien más experimentado – dijo Aldor.
- Pero el resto de vuestros capitanes participa en misiones, y ganarán fama y honores entre los hombres – protesté, aunque en seguida me arrepentí pues mi crítica sonó infantil en mis oídos.
- Yo también creo que el chico debería ir – la inesperada ayuda vino a mí de labios del clérigo Turanda, que me miraba pensativo. Quizás mi maestro Aasgiron le había contado la extraña visión que tuve en las aguas de aquella bahía.
- Bien, si vos lo creéis así – cedió Aldor – irá Angrey. Elegirá dos compañeros y partirá al alba. Viajarán hacia el sur procurando no ser vistos, localizarán el antiguo asentamiento de Mel Angöre y esperarán allí escondidos hasta que llegue la flota o la orden de relevo.
- A la orden, sire – respondí.
- Con suerte quizá os crucéis con los hombres de Leonel que partieron hacia el sur – dijo Inoed hablando por primera vez.
- Los demás tenemos mucho trabajo – añadió Aldor. – Debemos reforzar nuestras defensas cuanto sea posible. Habrá que traer piedra de las colinas.
- Según los informes de batidores – apuntó Duncan, – los orcos huyeron hacia el sureste, así que tanto Leonel como Meris podrían estar en peligro si su camino les lleva cerca del origen de esas bestias.

En ese momento uno de los guardias penetró en la tienda e informó de la llegada de un vigía con nuevas urgentes. Aldor ordenó que lo hicieran pasar, mientras todos nos

temíamos lo peor. Sin embargo el hombre que entró en la sala, sudoroso y con la respiración entrecortada por el evidente esfuerzo de la carrera, sonreía.

– ¡Han llegado! – exclamó. – Por el camino del este... el roble de Valdam.

Todos corrimos hasta la empalizada, donde ya se arremolinaban algunos curiosos. En realidad lo que los hombres llamaban camino del este no era aún más que una senda abierta a machete entre los árboles y matorrales. Al cabo de unos minutos pudimos verlos bajando por las lomas hacia nosotros, con ese paso fluido que caracterizaba a los exploradores de Meris cuando caminaban por las zonas salvajes. Aún no habían pasado dos meses desde que partieron, aunque aquí el tiempo a veces me parece que transcurre más rápido que en nuestra patria natal.

Cuando estuvieron más cerca pudimos observarlos mejor. Aunque fatigados y con las ropas sucias y polvorientas, no parecían heridos, y aunque era difícil contarlos no parecían haber sufrido bajas importantes. El propio capitán caminaba al frente, pues los caballos venían cargados de sacos y bultos, junto a su portaestandarte que enarbolaba el pendón con el roble frutado en campo de plata. Meris debió notar los efectos de la batalla que habíamos librado, que aún eran visibles en la empalizada y el campamento en general, pues impartió algunas órdenes al guía, que las transmitió al resto con unos extraños silbidos, y entonces todos sus hombres caminaron en formación más compacta, y atentos a cualquier peligro que pudiera acechar a su alrededor.

Al llegar por fin a las puertas de Ymber fueron recibidos con vítores y gritos de alegría. Aldor abrazó a Meris con efusión y lo condujo a su tienda, mientras los mozos y pinches se ocupaban del resto de viajeros y sus caballos. Apresuré el paso para alcanzar al príncipe e incorporarme así a la reunión. Aunque debía partir al alba siguiente, no quería perderme las noticias que sin duda traía Meris.

Como es tradición, la princesa Inoed escanció vino para el recién llegado, que comió y bebió antes de hablar. Mientras Meris apuraba la copa de bienvenida y devoraba con gran apetito las viandas de hospitalidad, el príncipe aprovechó para relatar lo ocurrido en su ausencia, en especial el primer encuentro con los orcos y la batalla que había tenido lugar. El capitán asentía con la cabeza mientras Aldor le describía a nuestros enemigos, por lo que deduje que no era la primera vez que oía hablar de

esos orcos.

- ¿Y bien? – concluyó Aldor, – ¿qué habéis descubierto? aguardo ansioso noticias de la situación ahí fuera.
- Bueno, la verdad es que, aunque hemos estado fuera muchos días, el relato de lo ocurrido no será largo. La primera parte de nuestra marcha fue tranquila. El terreno asciende lentamente hacia el este pero el paso era fácil, atravesando un gran encinar y luego bosques de hayas y abedules. La tierra es generosa y verde, con multitud de plantas útiles y setas. La recorren rápidos riachuelos bien surtidos de peces, y hay buena madera y caza.

En las palabras de Meris se traslucía su amor por la naturaleza y las obras de la diosa. Su barba estaba más rizada y enmarañada que antes, como el viejo roble que simbolizaba su Casa, y su fiel martillo, enorme y pulido, reposaba cerca. Como siempre, movía sus grandes manos mientras hablaba.

- Fuimos dejando las marcas acostumbradas para poder calcular rápidamente las distancias a la vuelta, especialmente en caso de urgencia o huida. También, tras cada noche, fuimos dejando haces de madera y algunos víveres ocultos para recoger a nuestro regreso. A medida que ascendíamos y nos adentrábamos en el continente los abetos iban sustituyendo a los árboles caducos, y grandes montañas se elevaban a ambos lados de nuestro camino: a la derecha un poderoso macizo de altas colinas se pierde de vista hacia el sur, mientras que a la izquierda se divisan las primeras estribaciones de una majestuosa cordillera, cuyos picos nevados e inaccesibles se adivinan en lontananza. Entre ellos discurre un valle que permite el paso de oeste a este sin dificultad, y por el que seguimos nuestra ruta.
- Por ese entonces – continuó Meris, – descubrimos las primeras huellas de habitantes en la zona. Unos extraños túmulos se divisaban de vez en cuando en las lomas, sobretodo hacia el sur. Al explorar uno de ellos no hallamos nada, pero sin duda era muy antiguo y construido por seres inteligentes. No encontramos runas ni nada parecido a una escritura, pero sí un dibujo, una especie de símbolo parecido a una araña, que los arquitectos grabaron en la piedra de los montículos.

Proseguimos viaje hacia el este, y al cabo de un día encontramos la primera dificultad. El valle se había ido haciendo más angosto a medida que las estribaciones montañosas de ambos lados se aproximaban, hasta convertirse en un desfiladero. Y entonces lo vimos: el paso estaba vigilado. A la derecha del camino, en lo alto del barranco donde un otero natural permitía controlar todo el valle, se alzaba una torre de vigilancia de madera gruesa, y vimos el brillo de hogueras junto a ella. Sin duda el paso no era muy transitado, o no hubieran descuidado así la vigilancia hasta el punto de mostrar sus fuegos. Envié a uno de los rastreadores, y lo que vio y nos contó a su vuelta nos llenó de espanto, pues eran esos monstruos que llamáis orcos quienes patrullaban en la torre. Nos describió su horrible semblante y sus grotescos modos, salvajes y sanguinarios como trasgos, así que desistimos de intentar amistad o alianza alguna. El rastreador no pudo acercarse demasiado, pues con el viento a favor temía ser descubierto por el olfato de esos seres, así que no sabíamos su número. Preferí no arriesgarme, por lo que volvimos sobre nuestros pasos hasta un punto en el que pudimos ascender por la ladera norte, con objeto de dar un rodeo esquivando la torre y descender al paso más allá de su ojo vigilante.

El rodeo nos llevó dos días, y mientras recorríamos con cuidado las escarpadas laderas septentrionales del desfiladero descubrimos unas extrañas cuevas. Entre tres o cuatro improvisamos unas antorchas para explorarlas, mientras los demás montaban el campamento, y penetramos por su ancha boca. Se trata de una caverna bastante amplia, que incluye un pequeño lago. En algunas partes la roca adquiere un cierto tono esmeralda, sin duda hay buen mineral para explotar allí. Estudiábamos con más detalle esas posibles vetas cuando fuimos atacados.

- ¿Los orcos os habían detectado? – Inoed no pudo reprimir la pregunta.
- No, una criatura aún más extraña. Un movimiento en el agua negra del lago, una pequeña zona más espesa que el resto, y de repente un rápido chorro verdoso de ácido salió disparado hacia la cara de uno de mis compañeros, quien por suerte pudo esquivarlo y sólo sufrir quemaduras en el cuello y el brazo. Atacamos a ese extraño monstruo con el martillo y las antorchas, pues los filos no parecían hacer mella en su cuerpo limoso, y con la ayuda de más hombres, que habían acudido

al oír nuestros gritos, pudimos por fin aniquilarlo.

Continuamos explorando la gruta hasta llegar al final, donde el corazón de la montaña se interponía infranqueable, y ya volvíamos sobre nuestros pasos para salir a la luz de las estrellas cuando descubrimos a un lado un pequeño foso que se adentraba hacia el centro de la tierra. Intentamos proseguir nuestras indagaciones, aunque sentimos que un extraño aire de malignidad emanaba de aquel pozo de negrura, pero tras pocos metros de descenso quedamos convencidos de que para explorar convenientemente todo aquel complejo de profundas cavernas necesitaríamos ir mucho mejor pertrechados, con cuerdas, picos y antorchas. Volvimos por tanto a la superficie, e intentamos conciliar el sueño y olvidar que aquella tenebrosa sima acechaba muy cerca de nuestras tiendas de campaña.

Al día siguiente proseguimos nuestro rumbo y con gran dificultad logramos descender por los abruptos peñascos de la escarpada ladera hasta llegar de nuevo al valle. Aquí volvía a ensancharse poco a poco, a medida que dejábamos atrás las zonas montañosas, hasta desembocar en grandes extensiones llanas de sotobosque y praderas, donde pastan ciervos y avutardas. En el horizonte oriental se alcanzaba a ver un caudaloso río que, sin duda regado por las blancas cimas de la gran cordillera que se erguía a nuestra izquierda, serpenteaba hacia el sur entre dorados valles. Debo decir que era una tierra preciosa la que se mostraba ante nuestros ojos, ideal para colonizar y practicar el cultivo y el pastoreo.

A partir de ese punto nuestro camino se convertía en un sendero que seguía por el valle hacia el este, transitado por bestias pero quizás también por orcos, así que extremamos las precauciones, y enviábamos batidores cuando había menos visibilidad. Esa tarde, mientras cruzábamos un torrente bastante caudaloso, un troll nos atacó y mató a dos de mis hombres, antes de que pudiéramos ahuyentarlo con flechas embreadas. Ellos y un explorador que resbaló en un risco fueron las únicas bajas.

La tarde iba avanzando fuera mientras el capitán Merisnidar de Valdam nos narraba su peligrosa expedición hacia el este. Aproveché la pausa en el relato para servimos

más vino del barril que descansaba en la esquina de la tienda y volví a mi asiento. La vuelta de los casi doscientos exploradores y soldados había tranquilizado los ánimos en Ymber, pues ahora seríamos más capaces de defendernos, y además harían falta muchas manos para acometer la construcción de defensas de piedra que pretendía llevar a cabo el príncipe.

- Tras ese incidente el viaje transcurrió sin mayores contratiempos – siguió explicando Meris, – y en cuatro días atravesamos la fértil llanura hasta llegar al gran río que habíamos visto en el horizonte. Desde una pequeña elevación que se alzaba unas millas antes de su cauce pudimos explorar el terreno y divisamos un vado un poco más al sur, hacia el que nos dirigimos, pues resultaba obvio que no podríamos cruzar el gran río por otro punto, a menos que construyéramos embarcaciones o remontáramos su curso muchas leguas.

Seguimos más despacio y con mucha prudencia, pues cada vez con mayor frecuencia encontrábamos signos de presencia orca: tala de árboles, huellas y humo lejano. Cuando por fin llegamos al río nos ocultamos en un bosquecillo de fresnos y avanzamos con cuidado hasta la misma ribera. El cauce era muy ancho, mayor que cualquier río eyneo, aunque quizás no demasiado profundo. A nuestra derecha, a unos doscientos metros, se encontraba el vado, con signos evidentes de ser un paso frecuentado, pues desde ambas orillas partían caminos muy trillados, con la vegetación cortada o aplastada. Y pasado el vado, a corta distancia de la orilla opuesta, allí estaba: la fortaleza.

Aldor y yo nos miramos, cada vez más intrigados. En ese momento me percaté de que en el rincón opuesto de la tienda se hallaba Caeneras, el viejo erudito, escuchando silencioso el relato. Me pareció muy extraño no haberlo oído entrar, aunque mi atención volvió inmediatamente a las palabras de Meris.

- ¿Cómo describirla? – dijo éste. – Una gran mole oscura como cuarzo ahumado, con estrechas almenas y un gran portón. De su interior surgían continuos vapores de fragua, y cuernos resuenan desde su torre cada vez que una patrulla orca entra o sale del recinto. Un enorme ogro aguarda encadenado en la puerta, como si fuera un perro, y de su cinturón colgaban lo que sin duda eran cabezas. Los alrededores de la fortaleza están todos quemados y sucios con basura y

despojos, entre los que vagabundean zorros y cuervos buscando comida. Algunos esclavos, también encadenados, cargaban tierra o agua entre esos escombros, pero desde tan lejos no pudimos adivinar por sus harapos si eran hombres, enanos u orcos.

- ¿Qué ocurrió entonces?
- Decidimos regresar antes de que fuéramos descubiertos. No parecía haber modo de cruzar el río sin ser detectados por los vigías de la fortaleza, y sin duda había un contingente numeroso de tropas allí atrincheradas. Además, tampoco veíamos clara la utilidad de seguir avanzando hacia el este, después de lo que habíamos visto. Volvimos por tanto sobre nuestros pasos, intentando eliminar cualquier rastro de nuestra presencia. La distancia recorrida en total no ha sido tanta, y si se dispusiera de un camino en condiciones se podría ir desde aquí al vado con un buen caballo en no más de tres días.
- Has hecho bien, Meris – afirmó el príncipe. – Os necesitamos aquí. Sólo espero que las otras dos expediciones regresen pronto también. Ahora descansa y mañana comenzaremos el trabajo duro. Quiero reforzar nuestras defensas cuanto podamos.

Mientras Aldor contaba al recién llegado los detalles de la misión que al día siguiente me llevaría a Mel Angöre, me retiré a mi tienda para preparar mis armas y equipaje. Quería tenerlo todo listo y poder continuar el relato en mi diario de la travesía hasta estas costas antes de dormir por última vez en un confortable colchón por quién sabe cuántos días.

Primer día del mes de Amal de 6561

Ayer fue el día de los muertos; llevamos ya una semana en la isla Halsak. La tormenta sigue arreciando, y hemos asegurado las naves lo mejor que hemos podido, aunque muchas han sufrido daños durante el ataque o estando ya fondeadas. Tendremos que acometer las reparaciones y esperar el buen tiempo, por lo que calculo que aún pasaremos muchos días aquí.

Hemos acampado retirados de la costa tras los acantilados, donde los arbustos crecen más altos y ofrecen algo de protección contra el frío soplo de Jaqoh, y no ha sido necesario montar excesivas medidas de defensa, ya que no nos encontramos en territorio hostil. Hay un poblado de pescadores hacia el sureste, a unas cuatro leguas, y aunque las relaciones con Lenya son amistosas ahora, Aldor no quiso trasladar nuestra numerosa expedición, con su poderoso ejército, a las inmediaciones de las zonas habitadas. Envió por tanto una comitiva con regalos y algunas mercancías para cambiar por pescado y verduras, liderada por Leonel de Litigatt, que habla lénico con fluidez.

Cuarto día del mes de Amal de 6561

Los *halsakis* son gente sencilla, que viven de la pesca y del olivo. Aunque pertenecen al reino de Lenya conservan cierta independencia, y rara vez intervienen en los asuntos de la capital. La isla es una marca, y el Marqués de Halsak gobierna a los isleños en nombre del rey.

Se mostraron amistosos con nosotros, ofreciéndonos alimentos frescos, indicaciones sobre el terreno y objetos de nácar, a cambio de algunos productos, en especial palas de hierro y rejas de arado, pues carecen de minas de metal. Ninguno quiso sumarse a nuestra aventura, pero el príncipe Aldor y sus capitanes fuimos invitados a su poblado, donde pasamos varios días disfrutando de su hospitalidad.

La aldea, llamada Reti, consistía en un puñado de casas de piedra y adobe arracimadas en la ladera sobre un pequeño fondeadero protegido. Parecía haber en ella bastante movimiento, no sólo por las noticias de nuestra llegada, sino también porque los pescadores *halsakis* no faenan durante el invierno, y los hombres permanecían por tanto en tierra con las mujeres, atareados con la poda de los olivos y la vid, y la plantación del trigo antes de las heladas.

Los lénicos tienen fama mundial como artífices y artesanos sin parangón. Sin embargo en la isla Halsak estas cualidades sólo se hacían patentes en la confección de redes de pesca, en la que destacan sobremanera pues sus mallas y nasas de cáñamo son las mejores del mundo, y en la fabricación de bellos objetos de madreperla, que pudimos apreciar en la decoración de sus casas.

En cuanto a la lengua, y pese a que poseían un acento isleño muy marcado en comparación con el lénico del continente, pudimos comprobar que su idioma y el eyneo seguían siendo bastante parecidos, y podíamos entender lo básico.

Por la noche, reunidos en la casa del jefe de la aldea, un pescador veterano de pelo blanco, cara arrugada y brazos fuertes llamado Ginlo, nos obsequiaron con róbalo, un sabroso pez de dos pies de largo, que sirven con frutos secos y verdura. Una vez terminada la cena los presentes miraron a Ginlo, como instándolo a que nos hablara, aunque no parecía que éste estuviera muy dispuesto. El viejo pescador se retorció las manos, dando la impresión de querer pedirnos algo pero sin saber por dónde empezar.

– Espero que todo haya sido de su gusto, Alteza – dijo por fin.

– Lo ha sido – respondió Aldor, – y así lo haré saber al marqués y a cuantos señores pueda incumbir.

El anfitrión pareció quedar algo más tranquilo al oír las palabras del príncipe y se animó a seguir hablando.

– Me preguntaba... bueno, esperábamos que, habiendo aquí reunidos tantos caballeros de honor y fama, quizás pudieran... – los aldeanos miraban a su jefe y sonreían, intentando sin éxito infundirle el valor para continuar.

– ¿Qué ocurre, anciano? – lo interrumpió Aldor por fin. – Intentaré ayudaros si está en mi mano.

– Hay un monstruo – soltó abruptamente el pescador – en la Peña Negra, aquí cerca

Reino de Aldor

- los pescadores que rodeaban al jefe Ginlo asientan y señalaban hacia el sur. - Sale por las noches y nos roba ganado.
- También se llevó al hijo pequeño de Bumet - añadió una anciana sentada en la esquina, - mientras jugaba en las rocas.
- Y tres pellejos de vino de mi hermano - replicó otro pescador.
- Y arruinó los sembrados del tío Pellirod - agregó un joven nervioso. - El monstruo pasó por allí y los gusanos devoraron todos los brotes.
- ¿Qué forma tiene ese monstruo? - preguntó Aldor al jefe.
- Es un enorme lobo negro, grande como un toro de Hyberia y astuto como un huargo - dijo Ginlo. - Algunos lo han visto a la luz de la luna, y al ponerse el sol oímos sus aullidos provenientes de la Peña Negra.

Tras asegurar a los aldeanos que haríamos lo posible por ayudarlos, Aldor mandó llamar a la maga Goelynn, que había permanecido en nuestro campamento, y nos retiramos al alojamiento que nos habían preparado.

Quinto día del mes de Amal de 6561

El día siguiente amaneció soleado. Me levanté temprano, mandé preparar el desayuno y aproveché para bajar al pequeño muelle. El mar estaba tranquilo allí, aunque fuera de la caleta se veía bastante oleaje, así que, ante el asombro de dos viejecitas sentadas en un zaguán, me quité la camisa y las botas y me zambullí en el agua. A pesar del sol estaba bastante fría, por lo que no tarde en salir. Adquirí esa extraña costumbre en Corinois, único lugar de Eyrnea donde he visto a nadie bañarse en el mar por gusto.

Volví a la casa que nos servía de alojamiento, y antes de entrar procuré secarme un poco al sol para ponerme la camisa. En ese momento noté como si alguien me observara. Me giré

Reino de Aldor

rápidamente y allí en el camino estaba Goelynn, la adivina. Vestía su acostumbrada capa azabache, que competía en negrura con su lisa melena y como siempre salía derrotada. Sin embargo, el invierno en Halstat era algo más suave que en el continente, y bajo la capa sólo llevaba una ligera túnica gris, ajustada con un sencillo cinturón con un cierre de plata con forma de pluma, uno de los símbolos de Lebrak, dios de la magia. La verdad es que estaba bastante guapa. Aunque seguía mirándome tardó un poco en darse cuenta que la había visto. En ese momento, no sé porqué, se sonrojó. Con un tono que intentaba parecer natural dijo:

- Hola. Aldor me mandó llamar... por lo del monstruo.
- Sí, claro - contesté mientras me ponía la camisa y le abría la puerta. - Te esperábamos, pasa.

Una vez sentados a la mesa, y mientras desayunábamos unos panecillos con gachas de avena, relatamos a la estudiosa de lo arcano lo relativo al monstruo.

- ¿Qué opinas? - preguntó el príncipe.
- Es obvio que no hay lobos en esta isla. Y si se trata de un licántropo podría ser cualquier habitante de Reti u otra aldea cercana - dijo la hechicera, - preferentemente alguien que viva sólo, pues no hubieran notado sus ausencias nocturnas. Pero hay datos que no cuadran.
- ¡Por supuesto! - bufó Duncan. - Nunca oí hablar de un hombre-lobo que se dedicara a robar vino.
- Algo raro se oculta en esa isla sin duda. Será mejor que vayamos a echar un vistazo.

Ginlo había dispuesto para que un marinero, un hombre llamado Pargo, nos guiara hasta la peña del monstruo esa misma mañana. Pargo resultó ser un pescador enjuto y silencioso, que siempre iba acompañado de un perro de aguas blanco de nombre Klut. Con breves palabras y algún gesto nos explicó que en su barca había sitio para él, su perro y cuatro

pasajeros, así que decidimos que la expedición estaría formada por el príncipe Aldor, Leonel, que además haría de intérprete, Duncan y yo mismo, mientras que Goelynn y el resto de capitanes esperaría en Reti, salvo Meris, que volvería al campamento y quedaría al mando del ejército.

Cogimos las armas y una mínima provisión de víveres y agua y nos pusimos en marcha. Pargo nos llevó por un camino, pedregoso pero bien preparado para monturas, que partía de la aldea hacia el sur, rodeando la isla a cierta distancia de la costa. Knut corría delante, desviándose cada poco para perseguir a los lagartos que se calentaban con el sol matutino; sin duda habría recorrido esta senda innumerables veces.

Al cabo de unas millas torcimos por un sendero que, desviándose a la izquierda, bajaba por una barranquera hacia el mar. Descendimos siguiendo las curvas de la empinada vereda hasta desembocar en una pequeña cala rocosa. Cerca de la orilla habían construido un pequeño chamizo, en realidad poco más que estacas con una techumbre de hojas de palma, que podía proteger del calor a un pescador y sus capturas. Encima del techo había una ligera estructura de palos puntiagudos en los que los nativos ponen el pescado a secar al sol. Un poco más allá de la choza se veía una barca de remos fondeada, sujeta a las rocas en dos puntos por unas largas estacas o bitas. Cada bita llevaba un cabo corto en cada extremo, que permitía que la barca se moviera con las olas y las mareas, pero que la mantenían a una distancia fija de la costa. Completando la escena tras la barca, a unas seiscientas brazas de la costa, estaba la Peña Negra. Sus oscuras paredes de basalto hacían honor a su nombre, y no auguraban un fácil desembarco. Aunque la distancia podría haber sido cubierta a nado con buen tiempo, ahora en el mes de Amal la mar estaba casi siempre alterada y rompía con fuerza contra el frío cantil.

El perro corrió hacia la barca y de un brinco saltó a bordo. Pargo largó a continuación uno de los cabos y haló hasta acercar el bote para que subiéramos los demás. Una vez

Reino de Aldor

acomodados todos en cubierta el lénico soltó amarras y, manejando los remos con destreza, alejó la barca de la costa esquivando las puntiagudas rocas. Con nuestras armas sobre las rodillas, mientras nos bamboleábamos sobre las olas, vimos cómo se acercaban los negros riscos. Cuando estuvimos a unas cuarenta brazas Pargo viró a estribor y comenzó a rodear la isla, pues resultaba ahora evidente que no podríamos ganar la costa por ahí. Ya en el lado oriental de la peña nuestro guía hizo una pequeña pausa en su bogar y señaló lo que parecía una mancha más oscura en la pared de roca. Al acercarnos comprobamos que era un agujero, quizás la entrada de una cueva, pero no sería fácil de alcanzar, pues se hallaba a unos tres metros por encima del nivel de la marea. Por ese lado el mar había ido erosionando, siglo tras siglo, el duro basalto, por lo que el risco se inclinaba hacia fuera, haciendo aún más difícil el ascenso. A cambio Pargo pudo remar hasta justo debajo del agujero y, con la ayuda de un remo, intentaba mantener la barca quieta para que pudiéramos alcanzar la roca y trepar por ella.



El primero en intentarlo fue el propio Aldor. Con gran agilidad dio un salto desde la barca, que casi nos lanza a todos al mar, y se agarró a un primer saliente. Desde ahí fue ascendiendo, agarrándose con pies y manos, hasta el borde de la abertura, donde se izó y, poniéndose de pie, nos hizo señas con la mano para que le siguiéramos. Yo subí tras él, aunque no tan ágilmente. Cada vez que venía una ola me detenía agarrándome con fuerza a la roca, y luego aprovechaba el intervalo hasta la siguiente ola para trepar hasta el siguiente apoyo. Cuando estuve cerca de la entrada Aldor me tendió su mano y pude alcanzar fácilmente la cueva. A continuación intentó subir Duncan, pero perdió pie y cayó de bruces al agitado mar. Duncan no sabía nadar, pero sí flotar, aunque su cota de cuero endurecido y el hacha que llevaba al cinto casi le cuestan la vida. Se agarró con dificultad a la borda del barco y, lanzando mil maldiciones, comenzó a escalar con lentitud hasta que pudimos izarlo.

– ¡Malditos sean todos los mares del demonio! – gruñó mientras su espesa barba chorreaba sobre el duro suelo, – ¡alguien pagará por esto!

Antes de que Leonel siguiera nuestros pasos habló un instante con Pargo, y éste le entregó un pequeño bulto que el noble cyneo se colgó del hombro. Cuando llegó hasta donde estábamos pudimos ver que se trataba de un farol envuelto en paño.

– El marinero nos esperará en aquel cabo – señaló una punta rocosa, la única porción de tierra firme que podíamos divisar desde la boca de la cueva. – La señal para que venga a recogerlos será agitar la luz arriba y abajo.

Procedimos a encender la linterna para comprobar que funcionaba bien, y despedimos con las manos a Pargo, que ya se alejaba remando con presteza, con su fiel Knut de pie en la proa. El nerviosismo del marinero había sido evidente durante su breve estancia en las costas de la Peña Negra, y sin duda se alegraba de alejarse sano y salvo. Aún hicimos un pequeño descubrimiento antes de apagar el farolillo. Aldor señaló hacia el techo de la

gruta y pudimos ver una gruesa anilla de hierro anclada a la roca.

- Vaya – exclamó Duncan, – eso no lo ha hecho un lobo.
- No – replicó Leonel, – y el único uso que se me ocurre es que sirva para izar bultos del mar a la cueva con una cuerda.
- O para bajarlos – añadió.
- Bueno, quizás esa argolla sea muy antigua, se la ve oxidada – dijo Duncan con optimismo.
- Todo se oxida rápido junto al mar – repliqué. – Quizás la bestia tenga... un dueño.
- Pronto lo averiguaremos, vamos – concluyó Aldor, y echó a caminar por el oscuro pasadizo.

Habíamos apagado el farol, y el suelo rocoso estaba resbaladizo por la humedad, por lo que avanzábamos despacio. El camino era recto y uniforme, aunque era imposible decidir si su origen era natural o había sido horadado por manos antiguas, pues a veces, según nos contó una vez Caeneras, en los terrenos volcánicos la lava escapa a presión y crea túneles así.

Pronto nuestro pasadizo desembocó en otro más amplio, que se alejaba a derecha e izquierda. Teníamos por tanto dos caminos posibles, y no hacía falta ser un experto en minas como Duncan para notar que el de la derecha tenía un aire más fresco y luminoso, y ascendía ligeramente.

- Este túnel sin duda conduce hasta la superficie – explicó Duncan señalando hacia la derecha, – mientras que en el sentido opuesto probablemente desembocará en alguna cámara interior. Propongo que Angrey y yo exploremos con cuidado ese lado – continuó diciendo Duncan, y señaló ahora a la izquierda, – mientras Aldor y Leonel exploran la posible salida a la superficie y nos esperan allí.

Aldor me miró pero no vi escapatoria posible.

– De acuerdo – murmuré.

– Bien, tened mucho cuidado – susurró Aldor mientras Leonel me pasaba la linterna.

Me la colgué al hombro y, procurando no hacer ruido, me dispuse a seguir a mi compañero. Me consolaba un poco la soltura con que Duncan se movía en las entrañas de la tierra y su conocida pericia con el hacha, aunque dudaba de que fuera suficiente contra un lobo monstruoso. No habíamos caminado más que unos minutos cuando divisamos un débil resplandor al frente. Apagué el farol y nos acercamos con infinitas precauciones.

El túnel desembocaba en una pequeña estancia cuadrada. Parecía excavada en la roca hacía mucho tiempo, y contenía algunos muebles. En un rincón había un viejo jergón con mantas raídas. Junto a él una sencilla mesa de madera repleta de libros, y sobre ella una lámpara de aceite que apenas iluminaba un par de metros alrededor. En la pared del fondo se agolpaban varias cajas de madera. Una de ellas había sido destrozada a golpes, y entre su contenido desparramado podían distinguirse unas tortas secas de avena y un pellejo de vino vacío. Un gran baúl oscuro en el rincón opuesto completaba el inventario. A un lado de la habitación una oquedad de la roca, con un profundo agujero en el suelo, hacía de letrina, aunque por el olor reinante en toda la sala no siempre había sido utilizada.

La estancia estaba vacía, aunque era ahora evidente que alguien vivía allí, seguramente el amo del monstruo. Duncan se acercó al baúl, mientras yo investigaba los libros apilados en la mesa. Estaban escritos en finas hojas de algún tejido vegetal encuadradas en cuero, y contenían páginas recubiertas completamente de una extraña escritura serpenteante, pero lamentablemente la lengua me era totalmente desconocida.

– ¡Cerrado! – Duncan tampoco había tenido éxito inspeccionando el oscuro cofre. –
Será mejor que volvamos.

Ya nos disponíamos a salir cuando vimos el único elemento extraño de la estancia. En una de las paredes, como a un metro y medio del suelo, habían incrustado, al parecer

recientemente, una gruesa barra metálica terminada en gancho.

– ¿Qué podrá ser? ¿para atar al lobo? – pregunté.

– Si es así no hay duda de que es muy grande – replicó Duncan calculando la altura a la que se hallaba el barrote.

Abandonamos por fin la estancia para subir a la superficie y relatar el hallazgo a nuestros compañeros, pero no habíamos caminado más que unos metros cuando un aullido estremecedor nos hizo detenernos súbitamente. El alarido descendió de tono hasta terminar en un ronco gruñido, poderoso y amenazador, y sobretodo demasiado cercano. El pánico comenzó a invadirme.

– ¡El monstruo! – susurré, intentando no dejar traslucir mi agitación interior. – Quizás podamos correr hasta el cruce que lleva al mar.

– Eso sería muy arriesgado – Duncan parecía tranquilo, o al menos disimulaba mejor que yo. – Con el eco resonando en estos pasadizos es imposible calcular a qué distancia está la bestia. ¿Acaso quieres encontrártela a oscuras en medio del túnel?

– Bien, escondámonos entonces.

Regresamos aprisa a la habitación buscando algún escondrijo pero en seguida comprobamos que el único lugar donde podríamos ocultarnos era el asqueroso cubículo que servía de letrina. Allí nos introdujimos, apretándonos contra las paredes laterales para permanecer en la sombra, y desenvainamos las armas expectantes. Transcurrieron unos eternos segundos en silencio. Mi corazón latía en lo que me parecían estruendosos golpes de tambor, mientras rogaba a Leit que el monstruo no oliera el miedo. Entonces sonó otro gruñido, más grave y próximo, y la bestia entró en la estancia.

Al principio no pude verla, pues desde mi posición no se divisaba la entrada, pero pude ver el rostro de Duncan, el pavor reflejado en sus ojos, cuando la vio acercarse desde su oscuro rincón enfrente mía. Nos llegó el sonido de un hocico olfateando el aire, y mis manos

apretaron la empuñadura de la espada hasta dejar blancos mis nudillos. Entonces el monstruo avanzó hacia el extremo posterior de la sala y pude verlo. En verdad era grande como un toro, aunque cubierto de pelo largo, y se movía con la agilidad propia de un lobo. Sus patas delanteras eran enormes, con garras fuertes como las de un oso nortño, y más largas que las traseras, de forma que el lomo de la bestia se alzaba hasta la cruz, bien por encima del metro y medio que habíamos calculado. El hocico, salvaje como el de un jabalí terrible, estaba guarnecido por terribles colmillos. En combate nos hubiera destrozado a ambos con evidente facilidad, por lo que permanecimos quietos como gárgolas.

El lobo monstruoso giró sobre sí mismo, dando varias vueltas alrededor del sucio jergón mientras gruñía. En ese momento se acercó a la gruesa barra metálica que sobresalía de la pared y comenzó a frotarse contra ella. Al principio pensé que simplemente deseaba rascarse, pero por fin comprendí. La bestia se movió adelante y atrás hasta que logró enganchar un grueso collar que llevaba al cuello en la barra de hierro terminada en gancho. Cuando por fin pudo desembarazarse del collar ocurrió una transformación increíble. En cuestión de segundos el monstruo fue haciéndose más pequeño y perdiendo sus rasgos animales, hasta convertirse en un hombre flaco y desnudo, con aspecto cansado y una sucia barba oscura. El hombre hizo ademán de alcanzar de nuevo el collar para ponérselo, pero se contuvo con cierto tedio y, agachándose, comenzó a murmurar una letanía en un idioma desconocido.

Finalizó su cántico mientras con sus manos dibujaba en el aire un círculo alrededor del catre. Este círculo brilló débilmente por un segundo, como una gigantesca burbuja de jabón que cubriera el jergón, y en seguida se tornó invisible. Luego el hombre se tumbó en la cochambrosa cama y se tapó con las mantas que yacían esparcidas por el suelo, para quedarse dormido al cabo de pocos minutos. Aunque yo nunca había estudiado magia alguna, supe lo que había convocado el misterioso individuo, por haberlo visto una vez en Erynea. Lo llaman *glifo custodio*, y es un potente conjuro de protección que impedía que el

lanzador fuera atacado mientras dormía dentro del círculo arcano.

Tras esperar un rato para asegurarme de que el hechicero estaba realmente dormido hice señas a mi compañero de que me siguiera en silencio, y me deslicé muy despacio fuera de nuestro escondrijo, cruzando la estancia con mucho cuidado de no tropezar, hasta que llegamos al pasadizo. Duncan hizo un gesto como proponiendo volver atrás y atacar al extraño, pero negué enérgicamente con la cabeza y seguí adelante. Nos alejamos de allí a hurtadillas y ascendimos por el túnel, dejando atrás la desviación que llevaba al mar, hasta que desembocamos en la superficie, donde el sol ya descendía en el cielo.

No lejos de allí encontramos al resto del grupo. Habían explorado la extensión de la isla sin hallar nada de interés, y tampoco habían oído los aullidos del lobo. Con rápidas frases les narramos lo que habíamos presenciado, y les expliqué que, por lo que yo sabía, mientras permaneciera dentro del glifo custodio el hechicero era prácticamente inmune a nuestras armas y ataques físicos. Sin perder la calma, Aldor pensó un momento y ordenó:

- Leonel, haz la señal al marinero y regresa presto a tierra, a la aldea de los halsakis. Explica a Goelynn el tipo de magia con el que nos enfrentamos, a ver qué ayuda puede ofrecernos, y vuelve tan rápido como te sea posible – hizo una pausa. – Los demás nos prepararemos para el enfrentamiento con el monstruo.

El de Litigatt partió raudo, y el resto quedamos allí esperando lo peor, de pie en el suelo pedregoso de la isla, mientras el sol se ocultaba tras las lomas por las que habíamos descendido hasta la costa unas horas antes. El único sonido que llegaba hasta nuestros oídos era el continuo fragor del oleaje en las rocas cercanas, y los ocasionales gritos roncós de los charranes que pescaban en las aguas en torno a la peña, aprovechando la última luz del día. Frente a la boca del túnel que conducía a la guarida del falso monstruo había una pequeña explanada que constituía la única zona llana de la isla, pues el resto de su superficie era muy accidentada y estaba cubierta de grandes rocas. Nuestro primer plan fue

intentar taponar la salida de la cueva. Antes de que anocheciera del todo hicimos acopio de todas las piedras y rocas que pudimos arrastrar hasta la gruta. Mientras Angor y Duncan intentaban amontonarlas descubrí en la orilla algunos troncos que la marea abandonó, y cargué con ellos también hasta la oscura abertura.

Ya brillaba fuerte la Lira de Pamís en el cielo cuando nos detuvimos agotados. Nuestra barricada era sin embargo bastante débil, y ni siquiera llegaba a obstruir completamente la entrada del pasadizo. Además, no olvidábamos que el túnel tenía otra salida, que daba al mar, sin duda la que el monstruo utilizaba para trasladarse a tierra firme, nadando o en alguna chalupa. Y en ese momento nos llegó, desde las profundidades de la tierra, los roncós gruñidos de la bestia, que volvieron a despertar en mí el temor que había casi olvidado en presencia de mi señor. Desenfundamos rápidamente nuestras armas y nos retiramos hasta las rocas cercanas, intentando buscar un poco de protección aunque sin perder de vista la negra boca de la guarida. No teníamos arcos ni ballestas, que hubieran resultado muy útiles sin duda, así que buscamos piedras grandes que poder arrojar al lobo cuando emergiera del túnel.

La luna asomó por fin sobre los riscos de Halsak, y nos sorprendió acurrucados entre las rocas vigilando la caverna, los ojos fijos en la pequeña negrura que quedaba por encima de nuestra inacabada tapia. Las espadas brillaron en nuestra mano izquierda reflejando el débil fulgor lunar, mientras en la diestra sujetábamos las piedras. El hacha de Duncan colgaba en su espalda, pero yo había sido testigo innumerables veces de cómo necesitaba menos de un segundo para pasar a sus manos mientras trazaba un arco mortal en dirección al enemigo.

De pronto en el silencio de la noche oímos claramente como la bestia se acercaba por el túnel y se detenía frente a la barricada, bufando y olfateando. Tras un instante de tensión, un desgarrador aullido resonó en la cueva y el muro de piedras y rocas amontonadas se

rompió desmoronándose al atravesarlo el enorme monstruo de un poderoso salto. El lobo demoníaco aterrizó entre los escombros y maderos que habían formado la tapia, perdiendo el equilibrio y dando con su peludo cuerpo en el suelo de la pequeña explanada.

– ¡Ahora! – gritó Aldor, y lanzamos las piedras al monstruo antes de que volviera a ponerse en pie. Pese a que varias impactaron en la enorme mole la bestia no pareció resentirse.

Sólo una gran losa, que lanzó Duncan con fuerza, golpeó al lobo en una de las patas delanteras y logró dejarla prácticamente inutilizada. A pesar de ello el formidable adversario se incorporó rápidamente y se lanzó hacia nosotros en un fiero ataque. Aferré mi espada con fuerza, mientras procuraba cubrirme tras una gran roca. Pude ver cómo junto a mí brillaba débilmente el acero del príncipe, con su característica aura azulada, y un poco más allá Duncan esgrimía con presteza su hacha de batalla. El monstruo se avalanzó sobre mí y con un enorme zarpazo de su garra sana me arrebató la espada que salió despedida. Sólo el gran tamaño del lobo, que le dificultaba moverse entre las rocas, me salvó del primer ataque. Aún así estaba desarmado, y el enemigo sin duda no fallaría de nuevo.

El monstruo se agazapó con la velocidad del rayo y dio un gran salto hacia mí, con sus mandíbulas abiertas apuntando a mi cuello, pero entonces se desvió cayendo hacia un lado mientras aullaba. Sharnedöre, la espada de Aldor, sobresalía clavada en su pata trasera. Revolviéndose, avanzó rugiendo hacia el príncipe y éste, ahora también desarmado, tuvo que retroceder a trompicones, con la mala fortuna de tropezar y caer al suelo en medio de la explanada. Duncan llegó en ese momento hasta nosotros e intentó salvar a Aldor de una muerte segura, lanzando un gran tajo que hubiera partido el espinazo del lobo de haberlo alcanzado, pero éste esquivó el hacha con agilidad, derribó al guerrero con un fuerte empujón que lo lanzó hacia las rocas, y siguió avanzando hacia el príncipe con sus fauces

preparadas.

En ese momento ocurrieron varias cosas simultáneamente. Por un lado el lobo monstruoso lanzó su último ataque sobre el indefenso Aldor, seguro ya de no fallar. Pero otro grito sonó también en la noche, y pude ver cómo Leonel, apareciendo repentinamente de entre las rocas, lanzaba hacia la bestia lo que parecía una redoma de cristal. La pequeña botella se estrelló contra el negro lomo justo a tiempo, y el monstruo cayó al suelo agitándose. Entre estertores, se produjo de nuevo la asombrosa transformación que había yo presenciado en la guarida, y donde antes había un fiero animal sanguinario ahora yacía junto a Aldor el hechicero flaco y barbudo.

– ¡Rápido! – gritó Leonel – según Goelynn la poción no durará mucho.

Como en un mal sueño, con todo el cuerpo dolorido, avancé rápidamente hacia el hombre desnudo y le quité el collar maldito que llevaba al cuello.

Estábamos junto a los acantilados de la costa norte de la Peña Negra. Allí la muralla rocosa se alzaba más alta que en cualquier otra parte de la isla, y el mar embestia con furia contra las rocas en su base. La luna iluminaba la escena: varios hombres de pie en lo alto del precipicio. Además de Leonel y nosotros tres, estaban allí Ginlo, el jefe de los aldeanos, y Goelynn, con cuya poción mágica habíamos podido revertir el efecto del collar arcano y librarnos así de la bestia. Un poco más atrás Pargo el marinero miraba el panorama expectante, mientras su perro olfateaba las rocas a su alrededor.

– Yo no sé nada de un niño ni de arruinar sembrados – el hechicero, que temblaba acurrucado en el suelo aunque Leonel lo había cubierto con su manto, hablaba despacio y con un marcado acento extranjero. – Solo robaba comida y algo de vino de vez en cuando, pero la gente necesita echarle la culpa a alguien. Al niño se lo habrá llevado un golpe de mar o algún animal.

Reino de Aldor

– Si bien eso puede ser cierto – dijo Aldor, – sólo una mente criminal y malvada usaría la magia para vivir del robo y el pillaje, en lugar de confiar en la hospitalidad de las gentes locales, tras el naufragio que cuentas que te trajo aquí.

El hombre miraba el collar que Aldor alzaba en su mano izquierda con ojos suplicantes, y sólo la poderosa espada que portaba en la diestra impedía que saltara hacia él para intentar arrebatarle la mágica joya.

– Ese tipo de objetos van dominando poco a poco a su portador – explicó Goelynn, – que pasa de ser el dueño del objeto a depender de él. Cada vez que este pobre hombre se convertía en lobo, le costaría más controlar sus instintos animales y actuar como una persona. Se vuelven más reacios a quitarse el collar, hasta que al fin ya no lo hacen, y su alma es devorada por el poder mágico del objeto.

– En ese caso lo mejor será deshacernos de él – respondió Aldor, y con un amplio arco de su brazo arrojó la gruesa cadena a los espumosos acantilados, que la acogieron con su rugiente estruendo.

– Ahora podrás habitar en la aldea de Reti – continuó sentenciando Aldor – y procurar con tu trabajo reparar el daño cometido a sus habitantes. En caso contrario tendrás que abandonar Halsak y no regresar jamás.

El príncipe comenzó a caminar hacia la zona más abrigada donde aguardaban las barcas para regresar a tierra. El resto de la comitiva siguió sus pasos, pero de pronto el hechicero, haciendo gala de una insospechada fuerza, y a pesar de la profunda herida en la pierna, se zafó de los brazos de Leonel que lo retenían y, aullando como un poseso, corrió hacia el borde del abismo y saltó en pos de su ansiado collar, lanzándose hacia su muerte en los furiosos rompientes de más abajo.

– ¡No! – gritó Leonel. Vechándose a andar hacia las barcas apesadumbrado añadió – me encantaba ese manto.

Fian'dur

- ¿Qué te parece, mi fiel Aulo? – las delgadas y precisas manos del comandante Fian'dur, salpicadas de sangre de murciélago, sostenían la concisa nota que le había enviado el capitán Kirkenash. Con el afilado puñal que había utilizado para cortar el peludo vientre y acceder al mensaje atravesó la tira de cuero en que estaba escrito, y a continuación lo clavó en el ojo del animal, que agitó las alas en un último estertor y expiró. Luego introdujo las manos en un recipiente de agua perfumada que se hallaba junto a la mesa, sujeto por un trípode de hierro, y se volvió a su ayudante. – ¿Debemos dar una lección adecuada a esos intrépidos humanos o bien a nuestro querido capitán del batallón de Rocarroja?

Aulo, el serio y disciplinado militar que servía de ayudante personal al comandante, se agitó inquieto desde su puesto junto a la puerta. Sus años de entrenamiento en combate y de servicio como instructor y estratega no le habían preparado para las tortuosas estocadas verbales de que gustaba Fian'dur, y su incomodidad se traslucía mientras intentaba calcular si la pregunta del comandante contendría alguna trampa oculta.

- Han encontrado un rastro, señor – dijo Aulo intentando cambiar de tema. – Al parecer un grupo de humanos avanzó desde el oeste y llegó hasta el vado.
- ¿Cuántos? – preguntó Fian'dur mientras hacía una seña a un sirviente para que retirara el cadáver del animal.
- Alrededor de doscientos – Aulo era un humano, bien adiestrado, y a diferencia de la mayoría de orcos no tenía problemas para contar. – Debieron eludir el puesto de vigilancia del desfiladero para llegar hasta aquí, pero no consta que hayan cruzado el río.
- Por supuesto que no cruzaron, o los hubiéramos detectado – afirmó con seguridad el comandante. – Bien, ordena que se pongan en marcha los batallones y llama a los trasgos de la cueva norte. Que vengan todos al vado, y de aquí partiremos a dar un escarmiento a esos invasores recién llegados. Envía también un mensaje al Rey solicitando la incorporación de tropas de las colinas grises, y quiero espías que vigilen a esos humanos mientras reunimos nuestro ejército. Cuando hayamos eliminado su presencia hablaremos con Kirkenash,

Reino de Aldor

- A la orden, comandante - Aulo abandonó la sala y bajó las escaleras de la fortaleza para impartir las órdenes correspondientes. Harían falta al menos tres semanas para reunir los batallones, en especial las bandas de trasgos, siempre remolones y enfrascados en luchas intestinas entre los distintos clanes familiares. Si además debía incorporarse alguno de los batallones que luchaban en las colinas del este contra los enanos grises tendrían que esperar aún más. Probablemente pasarían dos meses hasta que avanzara toda la Horda hasta la costa y tuviera lugar el enfrentamiento con los humanos, a menos que éstos decidieran mover pieza primero.

Aulo envió mensajeros a los tres batallones occidentales: los fieros Doscolmillos que guardaban la frontera sur ante la amenaza del bosque élfico, los aguerridos soldados de Pinoalto que patrullan los fríos montes septentrionales, y lo que quedara del batallón Rocarroja. Otro mensajero partió a convocar a los trasgos que habitan en túneles bajo tierra, y un último emisario ascendería las colinas del suroeste hasta la ciudad de Uduk, para solicitar al rey los refuerzos de las tropas de las colinas grises. Por último partieron los espías que debían vigilar los movimientos de los humanos.

